

La Universidad de San Marcos.

Sentido de la Sabiduría en la Antigüedad. — Función del Alma Mater en el Coloniaje y en la República. — El presente de la Universidad.

La sabiduría, en la ancianidad histórica, había sido un atributo exclusivo de los selectos mentales. Patrimonio de una verdadera clase social, privilegiada, depositaria de la ciencia. De una ciencia suprema, que dominaba el bien y el mal, porque capacitaba al hombre para el conocimiento pleno de las leyes de la vida, y de la función máxima de la humanidad sobre la tierra.

Desde los tiempos legendarios de Hermes Trimesgisto, era imprescindible la iniciación en el ocultismo, para adquirir, a costa de la renuncia absoluta de la sociabilidad, el poder formidable de la sabiduría. Poder controlado por los sabios, y suministrado, sólo, por la purificación espiritual del discípulo. Purificación fundamental y esencial, porque la verdad aparecía en la conciencia, cada vez más honda, cada vez más nítida, a medida que se despejaban las nieblas interiores. Nieblas constituidas por las atracciones exultantes de la materia.

Como el fuego sagrado, para ser mantenido, que exigía la pureza virginal de la mujer; la sabiduría era la fuerza creadora de la mente, que únicamente poseían los varones puros, en el secreto impenetrable de los templos.

La severidad y rigidez de los métodos iniciáticos, para la selección del discipulado, impedían la propagación de las grandes verdades, peligrosas para la masa.

La adquisibilidad científica era gradual; pero no en función de la capacidad comprensiva del adepto, sino de su perfectibilidad interior. Se llegaba a la cumbre del saber, a la posesión de los poderes supremos, cuando la divinidad misma, que vibraba en el interior de la conciencia, admitía la nueva mente como adecuada a ser nuevo canal por donde discurriera su fuerza creadora. Fuerza creacionista, fuerza de bien, fuerza positiva, siempre. Jamás negativa; a excepción de los magos negros, especie de arcángeles de la destrucción, detenidos en pleno ascenso, por retroceso impuro, y que usaban, egoísticamente y por despecho, el incompleto dómimo de las leyes misteriosas, para realizar el mal. El mal, que era el predominio de la materia sobre la mente, manifestándose en una egolatría combativa, o en un narcisismo culpable.

Tal la explicación del ocultamiento de la verdad en los templos herméticos. Y la historia lo comprueba, abrumadoramente, en las castas sacerdotales de la India brahamánica; en los iniciados esotéricos de Zoroastro, en la Persia; en los bonzos impenetrables del Egipto; en los Lamas enigmáticos del Tibet; en la escuela ocultista de Pitágoras, en Crotona, en el Prucio Itálico, en la Alta Grecia.

Cuando el discípulo alcanzaba la liberación, era ya un maestro, guardián de la vida, protector de los hombres, rumbador del cosmos, imperfectible y eterno. Se había despojado del aspecto visible de la realidad única. Había llegado a la

vibración sustancial, vuelta ineludible, pero larguísima, de la mente divina manifestada.

La leyenda, engrandecida por el terror, del poder formidable de los maestros, despertó, en los bárbaros conquistadores de las primeras edades, el afán insano de combatirlos y de exterminarlos. Afán que se exhibe en la ciencia de la evolución social, en el siglo VII, cuando Alejandría, foco de poetas y de filósofos, que marcaba el avance hacia occidente de las canosas culturas orientales, cayó, devastada por Amru, capitán de las hordas de Omar, el año 640. Devastación inspirada por la turbulencia alejandrina. Turbulencia arraigada en el prestigio del saber y de la ciencia. Prestigio temible, aún para la fábula bíblica, porque se condena y se expulsa al primer hombre, cuando ha hallado la verdad en los frutos jugosos de la ciencia.

En el viejo Perú, en tiempos de Inca Roca, se realiza, también, una destrucción trascendente, relatada a Montesinos y Garcilaso por tradición oral. Se devastó la cultura escrita, porque el saber hace indócil al hombre y “amengua la república”.

Empero, la fuerza culturizante, aunque se oculta en bibliotecas subterráneas, avanza en el sentido aparente del Sol. Y, en el siglo V, en plena barbarie imperante, Alejandría retoña en tierras del Lacio, bajo el auspicio fecundo de Teodosio el joven. Una ciudad, llamada la *docta*, dirige el movimiento espiritual de la humanidad. Atrae a los inquietos del saber, de la Europa entera. Y guarda, celosamente, el viejo tesoro del oriente, que Grecia condensara en su vibrante paganismo. Paganismo que emociona en la Hélade y en Roma, porque disgrega la perfección divina y hace que una sola chispa, infundida en los mortales, transforme en dioses a los hombres.

La Universidad de Bolonia, el año 425, revive el sistema de fraternidad entre maestros y discípulos del régimen

pitagórico crotonense. Y persigue: descubrir la verdad por el propio esfuerzo; guardarla devotamente, bajo severísimo juramento; y dar, sólo, a la masa ignara, la parte accesible, para beneficiarla, para ayudarla en su evolución mental.

La prestancia de Bolonia la docta, se exhibe, en el siglo XI, como depositaria de toda la ciencia del derecho, en tiempos de Irnerio. Ciencia que parecía arrasada por los bárbaros escombradores de Roma.

Desde este instante, la función culturizadora de Bolonia se humaniza. Disminuyen las restricciones al discipulado, y la cátedra desciende al campo de la investigación. Regula a segundo plano los problemas de las verdades absolutas, y plantea y resuelve cuestiones de trascendencia social.

Salamanca, en España, toma, originariamente, el método esencial de la docta Bolonia. Pero, influída por el espíritu particular ibero, y respondiendo al estado de la lucha de reconquista, hizo de la Teología la madre de las ciencias. De la Teología cristiana, de la teología dogmática, que sólo admite el camino del corazón para llegar a Dios; no de la anciana Teosofía, que colocaba a la divinidad en la cima de la sabiduría y dejaba que cada uno, por su acción perseverante de perfectibilidad, se refundiese en la mente suprema.

Salamanca canalizó la cultura. Dió, a la verdad, no su característica esencial de alcanzable por el esfuerzo encauzado del hombre, sino el sello de la revelación divina. La verdad, aprisionada, enmarcada, se torna inmutable. No es el hombre estudioso, quien llega a la meta del saber por la comprensión de las leyes de la vida. El saber está escrito por los sabios, inspirados por dios. Es intangible. Basta conocer los viejos infolios, para deletrear la verdad, o escucharla de labios del maestro, ministro de aquél.

De ahí que Colón, mostrando la sencillez de su ideal, sea refutado con los textos de Agustín. Los sabios salmantinos, cumbres del saber hispano, no tienen argumento pro-

pio para refutar al genovés genial. La palabra santa, invariable de los padres de la iglesia se oponía a la tesis colombiana. Y la tesis augusta, era falsa. Luego, saber, en el gran instituto salmantino, era recordar. La memoria constituía la sabiduría. Los libros guardaban el tesoro. Ser libro viviente era la cima del saber.

San Marcos, el alma máter del Perú, es una gema salmantina sembrada en suelo limeño. Tomás de San Martín es el inspirador, quien obtiene el permiso soberano para el trasplante. El la cultiva con amor. Y el retoño arraiga hondo y florece, y perfuma en los jardines severos de Santo Domingo.

Pero, Toledo, el gran virrey, tiene una inspiración genial: secularizar San Marcos, trasladarla a San Marcelo, construirle local propio en 1576, asignarle rentas adecuadas, y darle el primer rector laico, el galeno Gaspar Meneses.

El decreto toledano, de secularización universitaria, produjo intenso estupor en la aldea capitana del Perú. Era muy grave para un pueblo, devoto del Santo Tribunal, que el instituto superior de cultura perdiera el control religioso. Y para los ministros de la Iglesia, muy peligroso desprenderse del modelamiento de la conciencia de una juventud, que podía apartarse de la inmensa grey, por haber saboreado, con fruición, los frutos del árbol de la ciencia. Y el poder enorme de la iglesia triunfa. Y Toledo, a despecho de su grandeza, cae. Y San Marcos vuelve al abono salmantino. Y la Teología impera. Y la ciencia regresa a tutela. Y la verdad sigue siendo absoluta. Y el saber memorista.

La Universidad de San Marcos, en la colonia, realiza una función adecuada a la hora política y social de la Me-

trópoli: el más alto baluarte del monarquismo absoluto y de la esclavitud religiosa. No capta, todavía, su misión educadora. No permite el libre vuelo de la mente, en el campo investigador. Ni acepta el saber en quienes no llevan la patente limpia de las justas nupcias de sus progenitores. Los mal nacidos, culpables de su vida, debían imputar a sus padres la esterilización mental que la sociedad les inyectaba. San Marcos era, nada más, un gran reservorio de ciencias dormidas, inmutables, que el maestro recorría con sus alumnos, sin agitarlas ni enturbiarlas.

En San Marcos colonial, el griego y el latín no son armaduras aquilinas, para sumergirse en las profundidades del pensamiento remoto de las viejas culturas; para revivir las grandes inquietudes del panteísmo liberador; para afirmar la propia personalidad en plena región de las grandes individualidades. Latín y griego son, apenas, modestos cicerones que se da a los alumnos, para traducir los clásicos. Nos lo afirman, categóricamente, las obras cumbres de los más afamados discípulos de San Marcos virreynal: traducciones fieles, frías, inexpresivas, rígidas de Homero o de Virgilio, de Aristóteles o de Jenofonte, de Horacio o de Plutarco.....

Jamás salió de una mentalidad sanmarquina colonial, la interpretación del sentido emocional de ningún precursor renacentista. Laura, Beatriz o Fiametta, síntesis de formidables inquietudes itálicas, eran incitaciones al pecado, antes que vibraciones incontrollables de una nueva vida, pugnantemente por afirmarse, aún en pleno medioevo. No se comprendía que eran realidades supremas, de una nueva mentalidad caballeresca que nacía. No quería admitirse el nuevo ideal humano, que posponía a Dios por la mujer. No se sospechaba que pudieran ser símbolos de realidades espirituales, aún en la loca idealización de aquel manchego hidalgo que transformaba, por virtud de la emoción amorosa, a la

vulgar Aldonsa, moza vaqueriza hedionda, en la fantástica, bella y perfumada Dulcinea.

Con Toribio Rodríguez de Mendoza, el gran precursor, San Marcos inicia una más elevada función social: inquietar la mente juvenil con problemas de la realidad circundante. Es el arte del derecho de pensar. Es la hora de la gran eclosión del espíritu humano en la vieja Universidad. El cascarón férreo que encerraba las conciencias de maestros y alumnos, se requebraja, por impulso interior incontenible. Una luz, muy tenue primero, se hace en las mentes; y las inunda después, en las horas de la emancipación.

San Marcos aparece en aquellos días como la gran antena captadora del espíritu liberal del siglo. Y de sus aulas salen los panegiristas de la nueva ideología, a volcar, sobre el ambiente, su fe en los principios sociales de libertad y de justicia.

Ya en la república, la vieja casa de San Marcos alcanza un nuevo grado en su valoración cultural. Las auras renovadora del parlamentarismo y de los liberales europeos, en el pasado siglo, agitan los muros conventuales de la casona del saber. Hombres de ciencia, inquietos mentales, doctores de prestancia intelectual, vuelcan su emoción y escancian los jugos del saber.

Pero los incomprensivos de la política, con amonestaciones y clausuras intermitentes, imponen, al profesorado eminente, la cautela y la sobriedad de las épocas iniciáticas. Se cree, aún, fuera de la mansión ilustre, en los legendarios peligros del árbol de la ciencia, y se impone la evasión, por algunas mentalidades escolásticas, de las afirmaciones rotundas y de las negaciones definitivas.

No pocos maestros, también, creían, hasta ayer, que su función estribaba en dosificar la sustancia de sus cursos, en programas invariables, permanentes, decisivos. Algunos se atrincheraban en la disciplina rígida, para alcanzar la con-

formidad del alumnado a sus tesis cristalizadas. Muy pocos, demasiado pocos, desventuradamente, abrían su espíritu, como un joyel precioso, para exhibir las bellezas de su mundo interior.

Hoy, en cambio, la vieja casa, agitada por más hondas emociones, se remoja espiritualmente. El maestro fósil ha sido eliminado, en abrumador porcentaje. El ritmo sólo de la vida actual, le ha segregado, alejándole de los canosos claustros del saber.

Al margen de la política oxidante. Sobre las nieblas corrosivas del horrendo virus nacional, San Marcos eleva, hoy, sus almenas bronceas, incorruptibles e inabordables. El elemento comprensivo y amplio, predominante, oficia, como demiurgo, en la investigación limpia y densa.

El maestro actual ha proscrito el hermetismo de ayer. Ha captado su noble función de guía austero del estudiante. Siente la fruición divina de dar, sin esconder nada; sin aquel inaudito egoísmo de ocultar los mejores frutos, de largos e intensos cultivos, de fertilizaciones paciente y dolorosamente realizadas

San Marcos está en plena evolución. En el punto justo de su rol cultural. Investiga con calor. Discrimina con ahinco. No señala pautas invulnerables: las busca, en colaboración fecunda de maestros y discípulos. No entrega verdades inconcusas, ni acepta el estatismo científico. Avanza hacia una verdad, siempre en renovación, como principio inmanente al macrocosmos y al microcosmos.

Las leyes de la ciencia educacional, que califican el derecho del alumno, como conciencia exigente de orientación, se cumplen con fervor por el maestrado, reconociendo su

obligación ineludible de dar; de dar el caudal superior de su experiencia y la norma más bella de su vida.

Se puede ya hablar, de San Marcos con certeza, como de la anhelada Alma Mater nacional. Porque está sembrando en la mente de las generaciones de hoy aquella liberación profunda, que es luz y es armonía. Luz, en el santuario de las conciencias. Armonía, en la vida social del Perú.

Lima, 1936.

J. M. VALEGA.

